

El yankée le dió el acta de cesión.

—¡«All right»! ¡A vuestras órdenes, señor!—dijo el mecánico llevando la mano á su kepis.

—¿Cuánto tiempo estaremos bajo presión?

—En dos horas.

—¡Cien «dollars» si estamos en una hora.

—¡«All right»!

—¿Cuántos días tardaremos en llegar á Madagascar?

El mecánico reflexionó un momento.

—¡Apresurándonos, veintiún días!

—Cien «dollars» por día de adelanto.

—¿Y si nos hacemos pedazos?

—¡Tanto peor!...

—¡«All right»! llegaremos en diez y siete ó diez y ocho días y procuraremos no hacernos pedazos.

—¿Tenéis bastante carbón?

—Me falta una hora para terminar el cargamento.

—¡Está bien! Dentro de una hora saldremos.

Después de haber hecho sus últimas recomendaciones al bravo Simpson, el señor Donegal franqueó el pasadizo del navío del cual con una buena carta se había hecho propietario.

Dió las dos más bonitas cámaras á Gedeón y á la señorita Montecristo y escogió otra para él instalarse; mandó le sirvieran un «grog» quitóse sus botas, estiró las piernas bajo la mesa y... esperó.

—A la hora exacta, «La Florida» levaba ancla y se preparaba á establecer entre New-York y Madagascar un recorrido veloz.

Sentados el uno enfrente del otro en la parte de detrás del navío, Gedeón y la señorita Montecristo, con los rostros iluminados, se miraban en silencio.

La feliz casualidad que había arrancado á la joven de las manos de los Blackbaern, la providencial intervención del Americano, todo esto se les mostraba como un sueño rápidamente vivido.

No podían creer tanta felicidad.

Sus labios, continuaban cerrados, pero había una gran elocuencia en sus miradas.

Zezette fué la primera en arrancarse al encanto que la invadía.

—¡Estamos salvados y dispuestos para la lucha final, para el triunfo!

Hubo una nueva pausa entre los jóvenes, sus miradas se cruzaron otra vez; instintivamente sus manos se juntaron. E inclinados contra la barandilla del puente, dejaron errar sus miradas por la profundidad de la noche, oyendo la melosidad de las ondas que cantaban para ellos, nada más que para ellos, un himno de amor y de esperanza.

TERCERA PARTE

ENTRE LOS BOERS

I

Estamos en Andevourante, sobre la costa oriental de Madagascar á cien kilómetros hacia el sur de Tamatave.

Situado en un admirable sitio, al pie de colonias cubiertas de una exuberante verdura regada por el Ariska que va á perder sus aguadas ondas en los verdes remolinos de las lagunas, Andevourante bajo el sol de los trópicos produce al extranjero un maravilloso é inolvidable efecto.

Desde que Francia ha establecido un servicio de correos permanente, Andevourante, cuyo nombre significa en malgacho «mercado de esclavos» ha llegado á ser una de las más grandes ferias de la costa; cuenta actualmente dos mil habitantes y gracias á su situación sobre el camino de Tanarive apenas había podido aún desenvolver su importancia.

Era aquel, precisamente, día de gran mercado en Andevourante y esta circunstancia había llevado á la ciudad enorme afluencia.

Alrededor de las casas blancas y elegantes, edificadas á la moda betsimisaka, es decir, con tabiques de «falafa» ajustados á un esqueleto de madera no escuadrada, la multitud se extendía afanosa y alborotadora.

Muy pintoresca resultaba la multitud y digna del luminoso cuadro en el cual se movía.